

tar á este fin en toda circunstancia, sus actos y sus palabras. Lacarelle lo consiguió con facilidad porque venía ya preparado de la Universidad y porque sólo le pedían que fuera jovial, chistoso y picaresco en algunas ocasiones. Opinaron que tendría mucha gracia que besara á las mujeres, y se aplicó á la obra con entusiasmo. Casadas, solteras, mocitas guapas, feas, jóvenes y viejas, las besaba siempre á todas por gracia y sin mala intención, pues era un hombre de buenas costumbres. Y por esto, al encontrar á la señora Bergeret sola en el salón, donde esperaba á la señora Lacarelle, la besó inmediatamente. La señora Bergeret no desconocía las costumbres de Lacarelle, pero su vanidad, que era grande, obcecó su entendimiento, que era escaso. Creyó ser acariciada por amor y sintió movimientos confusos que agitaban su pecho tumultuosamente y la hicieron desfallecer de modo que cayó anhelante en brazos del señor Lacarelle, el cual se quedó sorprendido y azorado. Pero esto halagaba su amor propio. Sentó lo mejor que pudo á la señora Bergeret en un diván, é inclinándose sobre ella, dijo con voz impregnada de simpatía:

—¡Pobre señora!... ¡Tan encantadora y tan infeliz!... ¡Nos deja!... ¿Se marcha usted mañana?...

Y depositó en su frente un cándido beso. La señora Bergeret, cuyos nervios estaban muy alterados, rompió á llorar. Luego, lentamente, con gravedad y dulzura, devolvió á Lacarelle el beso

que la había dado. En aquel instante la señora Lacarelle entraba en el salón.

Al otro día toda la ciudad juzgaba severamente á la señora Bergeret.

## II

El duque de Brecé recibía aquel día en Brecé al general Cartier de Chalmot, al padre Guitrel y al señor Lerond, abogado fiscal dimisionario. Habían visitado las cuadras, las perrerías, el gallinero, todo, hablando sin cesar del Proceso.

Al declinar el día se paseaban por la avenida principal del parque. Ante ellos, bajo un cielo aborregado, el castillo alzaba su pesada fachada cargada de frontones y coronada de tejados á la imperial.

—Lo repito—dijo el señor de Brecé—, la agitación promovida en torno de este asunto no es y no puede ser más que una maniobra execrable de los enemigos de Francia.

—Y de la religión—añadió con dulzura el padre Guitrel—sí señor, y de la religión. No se puede ser buen francés sin ser buen cristiano. Y ya vemos que el escándalo está promovido principalmente por los librepensadores, los francmasones, los protestantes.

—Y por los judíos—prosiguió el señor de Brecé—por los judíos y los alemanes. ¡Qué audacia más inaudita discutir la decisión de un Consejo de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Guerral Por que, en fin, no es admisible que siete oficiales franceses se hayan equivocado.

—No es admisible seguramente—dijo el padre Guitrel.

—En tesis general—añadió el señor Lerond— un error judicial es la cosa más inverosímil. Es más, diré que es imposible, por las muchas garantías que la ley ofrece á los acusados. Hablo de la justicia civil; lo mismo digo de la justicia militar. Y si ante los Consejos de Guerra el acusado no encuentra en las formas compendiosas del proceso todas las garantías apetecibles, las tiene en cambio en el carácter de sus jueces. Según mi opinión, es un ultraje al ejército dudar de la legalidad de una sentencia del Consejo de Guerra.

—Tiene usted razón—dijo el señor de Brecé.— Además, ¿puede admitirse que siete oficiales franceses se hayan equivocado? ¿Puede admitirse, general?

—Difícilmente—respondió el general Cartier de Chalmot.—Por mi parte, lo admitiría con gran dificultad.

—¡El sindicato de traición!—exclamó el señor de Brecé.— ¡Es inaudito!

La conversación, que ya languidecía, se extinguió. El duque y el general, al ver unos faisanes, sintieron un deseo instintivo y profundo de matar, lamentando en su fuero interno no llevar escopetas.

—Tiene usted la mejor caza de toda la región—dijo el general al duque de Brecé.

Pero el duque reflexionaba.

—De todos modos — exclamó — los judíos no traerán buena suerte á la Francia.

El duque de Brecé, hijo mayor del difunto duque que en la Asamblea de Versalles lució mucho entre la caballería ligera: había entrado en la vida pública después de la muerte del conde de Chambord. No llegó á conocer los días de esperanza, las horas de lucha ardiente, las empresas monárquicas tan divertidas como una conspiración, tan apasionadas como un acto de fe: no pudo ver la cama de tapicería ofrecida al príncipe por las señoras de los castillos, las banderas, los trofeos, los caballos blancos que debían traer al rey. Diputado hereditario de Brecé, entró en el Palacio Borbón con sentimientos de enemistad sorda respecto al conde de París, y un deseo secreto de no ver restablecido el trono por la rama segunda. Pero aparte de esto, era monárquico leal y fiel. Se vió mezclado en intrigas que no comprendía, conquistó á varios de sus electores, se entregó á los placeres en París; y al renovarse la Cámara, el doctor Cotard le derrotó en Brecé.

Desde entonces se dedicó á la agricultura, á la familia y á la religión. De sus dominios hereditarios que en 1789 se componían de ciento doce parroquias, comprendiendo ciento setenta homenajes, cuatro tierras con título y diez y ocho señoríos, le quedaban ochocientas hectáreas de campo y de bosque alrededor del castillo histórico de Brecé. Sus cacerías le daban en todo el departamento un lustre que no había recibido del Palacio

Borbón. Los bosques de Brecé y de la Guerche donde Francisco I. había cazado, eran también célebres en la historia eclesiástica de la región; en ellos se encontraba la capilla de Nuestra Señora del Sotillo.

—Recuerden ustedes bien lo que digo—repitió el duque de Brecé—, los judíos no traerán buena suerte á Francia... Pero ¿por qué no nos libramos de ellos? ¡Sería tan fácil!

—Sería excelente—contestó el magistrado—. Pero no tan fácil como usted cree, señor duque. Para atacar á los judíos, es menester primero redactar buenas leyes acerca de la naturalización. Y es siempre difícil hacer una buena ley que responda á las intenciones de los legisladores. Las disposiciones legislativas, que como esta, modificarían todo nuestro derecho público, son de una redacción difícil. No es seguro, desgraciadamente, que se encuentre un gobierno para proponerlas ó sostenerlas, un Parlamento que las vote... El Senado está mal...

»A medida que la experiencia de la historia se desarrolla ante nuestros ojos, descubrimos que el siglo XVIII es un gran error del espíritu humano, y que tanto la verdad social como la verdad religiosa, se encuentran íntegras en la tradición de la Edad Media. En Francia se impondrá como se ha impuesto ya en Rusia la necesidad de renovar respecto á los judíos los procedimientos en uso en el mundo feudal, verdadero tipo de la sociedad cristiana.»

—Eso es evidente—dijo el señor de Brecé—, pero la Francia cristiana debe pertenecer á los franceses y á los cristianos, y no á los judíos y á los protestantes.

—¡Bravo!—exclamó el general.

—Hay en mi familia—prosiguió el señor de Brecé—un segundón llamado no sé por qué Nariz de Plata, que hizo la guerra en la provincia bajo Carlos IX y que mandó colgar en la cima de aquel árbol que ven ustedes allí, seiscientos treinta y seis hugonotes. Pues bien: estoy orgulloso, lo confieso, de descender de Nariz de Plata, y he heredado su odio contra los herejes. Detesto á los judíos tanto como él detestaba á los protestantes.

—Son unos sentimientos muy laudables señor duque—añadió el padre Guitrel—, y dignos del glorioso nombre que usted lleva; pero permítame hacer una observación sobre un punto particular. Los judíos en la Edad Media no estaban considerados como herejes. Hablando con propiedad, no son herejes. El hereje es aquel que estando bautizado conoce los dogmas de la fe y los altera ó los combate. Tales son, ó tales fueron los arianos, los montanistas, los priscilianistas, los anabaptistas, los calvinistas, los albigenses, los maniqueos, tan bien acomodados por su ilustre antepasado Nariz de Plata, y tantos otros sectarios ó defensores de alguna opinión contraria á las creencias de la Iglesia. El número es fabuloso, pues la diversidad es propia del error. No se detienen en la pendiente funesta de la herejía; el

cisma produce el cisma hasta lo infinito. Frente á la verdadera Iglesia sólo se encuentra polvo de iglesias. He leído en Bossuet una admirable definición del hereje: «Un hereje—dice Bossuet—es aquel que tiene una opinión propia, que sigue su pensamiento y su sentimiento particular.» Así que no habiendo recibido el judío ni el bautismo ni la verdad, no puede ser hereje.

»Por esto la Inquisición nunca atacó á los judíos por ser judíos, y si entregó alguno al brazo secular, fué como profanador, blasfemador ó corruptor de los fieles. El judío, señor duque, es más bien un infiel, puesto que así llamamos á los que no estando bautizados no creen en las verdades de la religión cristiana. Pero aun así, no debemos considerar rigurosamente al judío como un infiel semejante á un mahometano ó un idólatra. Los judíos ocupan un lugar único, singular, en el conjunto de las verdades eternas. La Teología los designa conforme al papel que desempeñan en la tradición. En la Edad Media los llamaban *testigos*, y hay que admirar la fuerza y la exactitud de esta palabra. Dios los conserva para que sirvan de testigos y fiadores de las palabras y de los actos sobre los cuales nuestra religión está fundada. No por esto hay que decir que Dios hace á los judíos obstinados y ciegos para utilizarlos como prueba del cristianismo; sólo aprovecha su obstinación libre y voluntaria para confirmarnos en nuestras creencias, y con este designio los conserva en las naciones.

—Pero mientras tanto—dijo el señor de Brecé—nos quitan nuestro dinero y destruyen nuestras energías nacionales.

—También insultan al ejército—añadió el general Cartier de Chalmot—ó mejor dicho, hacen que le insulten los vocingleros á quienes pagan.

—Eso es criminal—dijo el padre Guitrel con dulzura—. La salvación de la Francia está en la unión del clero y del ejército.

—Entonces ¿por qué defiende usted á los judíos, señor cura?—preguntó el duque de Brecé.

—Estoy muy lejos de defenderlos—contestó el padre Guitrel—; condeno su imperdonable error, que consiste en no creer en la divinidad de Jesucristo. Respecto á este punto, su obstinación es invencible. Lo que ellos creen es creíble; pero no creen en todo lo que se debe creer, y por esto han provocado la reprobación que pesa sobre ellos. Esta reprobación, estando ligada á la nación y no á los individuos, no puede alcanzar á los israelitas convertidos al cristianismo.

—A mí—dijo el señor de Brecé—los judíos convertidos me son tan odiosos ó quizá más aún que los otros judíos. Es la raza lo que aborrezco.

—Permítame usted que no lo crea, señor duque—dijo el padre Guitrel—, pues eso sería pecar contra la doctrina y contra la caridad. Y estoy seguro de que, como yo, supone que merecen les agradezcamos, hasta cierto punto, á los personajes israelitas no convertidos, sus buenas intenciones y su liberalidad en favor de nuestras obras

piadosas. No se puede negar que las familias R\*\*\* y F\*\*\* han dado respecto á este particular un ejemplo que debería imitarse en todas las casas cristianas. Añadiré que la señora de Worms-Clavelín, sin convertirse aún francamente al catolicismo, ha cedido en varias circunstancias á inspiraciones verdaderamente angélicas. A la esposa del prefecto debemos la tolerancia de que disfrutan en nuestro departamento, entre la persecución general, nuestras escuelas congregacionistas.

»Respecto á la baronesa de Bonmont, aunque judía de nacimiento, es cristiana de corazón y en cierto modo imita á aquellas santas viudas de los siglos pasados que daban á las iglesias y á los pobres una parte de sus riquezas.

—Los Bonmont—dijo el señor Lerond—se llaman en realidad Gutenberg y son de origen alemán. El abuelo se enriquecía fabricando ajenjo y vermut, verdaderos venenos; tres veces le condenaron por falsificador.

»El padre, industrial y negociante, hizo una fortuna escandalosa con la especulación y los monopolios. Su viuda ha regalado un copón de oro á monseñor Charlot.

»Esas gentes me recuerdan á los dos procuradores que después de haber oído un sermón del padre Maillard, se decían el uno al otro en voz baja á la puerta de la iglesia: «¿Compadre, según eso, hay que restituir?»

»Es curioso—prosiguió el señor Lerond—que no haya en Inglaterra problema judío.»

—Los ingleses no tienen el corazón como nosotros—dijo el señor de Brecé—ni la sangre tan ardiente como la nuestra.

—Seguramente—contestó el señor Lerond—. Apreció esta observación, señor duque, pero también será tal vez porque los ingleses emplean sus capitales en la industria, mientras que nuestras laboriosas poblaciones reservan los suyos para la especulación, y decir especulación es decir juicios. Todo el mal proviene de que conservamos las instituciones, las leyes, las costumbres de la Revolución. La salvación está en retroceder cuanto antes al antiguo régimen.

—Es cierto—dijo el duque de Brecé pensativo.

Y seguían así conversando. De pronto, ante ellos, por el camino que el difunto duque había abierto en su parque para los habitantes del pueblo, pasó rápido, alegre y bullanguero, un carro que llevaba entre los campesinos y las campesinas con sus sombreros de flores, un mozo jovial con barba roja, fumando su pipa y que hizo con su bastón ademán de apuntar á los faisanes; era el doctor Cotard, diputado del distrito de Brecé, antiguo señorío de Brecé.

—Es un espectáculo por lo menos bastante extravagante—dijo el señor Lerond, sacudiéndose el polvo que había levantado al pasar el carro—ver al médico Cotard representar en el parlamento este distrito de Brecé, colmado por sus ilustres duques, durante ochocientos años, de gloria y de beneficios. Aún ayer, leía yo en el libro del señor

de Terremondre la carta que el duque de Brecé, tatarabuelo de usted, escribió en 1787 á su intendente y en la cual deja ver la bondad de su corazón. ¿Recuerda usted esa carta, señor duque?

El señor de Brecé respondió que creía recordarla, pero que no tenía presentes los términos en que estaba concebida, y al punto el señor Lerond recitó de memoria las frases más esenciales de aquella carta expresiva:

—«He sabido—escribía el duque—que contrarían á los habitantes de Brecé prohibiéndoles que cojan fresas en los bosques. Así conseguirán mis administradores hacerme odioso á mis vasallos, lo que me causará uno de los pesares más grandes que yo pueda tener en este mundo.»

»He descubierto, además—prosiguió el señor Lerond—, detalles interesantes sobre la vida del buen duque de Brecé en la obra del señor de Terremondre. El duque ha pasado aquí mismo, sin que le molestasen, la época terrible de su vida. Su caridad le aseguró, durante la Revolución, el amor y el respeto de sus antiguos vasallos. En cambio de los títulos que un decreto de la Asamblea nacional le había quitado, recibió el de comandante de la Guardia nacional de Brecé. El señor de Terremondre nos dice, además, que el 20 de Septiembre de 1792 la municipalidad de Brecé se constituyó en la plaza del Castillo y plantó en ella el árbol de la Libertad, con la siguiente inscripción: «Homenaje á la virtud.»

—El señor de Terremondre—replicó el duque

de Brecé—ha tomado esos datos en los archivos de mi familia, que puse á su disposición. Desgraciadamente nunca he tenido tiempo de examinarlos yo mismo. El duque Luis de Brecé, de quien usted habla, llamado el «clemente duque», murió de pesar en 1794. Estaba dotado de un carácter tan bondadoso, que hasta los mismos revolucionarios le respetaban y rendían homenaje. Es unánime la opinión de su fidelidad al rey; de que fué buen amo, buen padre y buen marido. Es necesario no fijarse en las supuestas revelaciones de un señor Mazure, archivero municipal, según las cuales el duque tenía relaciones íntimas con las más hermosas de sus aldeanas, y que, con gran entusiasmo, ejercía sobre ellas su derecho de pernada. Además, este es un derecho muy hipotético, del cual no he encontrado nunca vestigios en los archivos de Brecé, que en parte han sido ya esquilados.

—Ese derecho—dijo el señor Lerond—, si es que ha existido en alguna provincia, se reducía á un censo de carne y vino que los siervos pagaban á su señor antes de contraer matrimonio. Creo recordar que en ciertas localidades dicho censo se pagaba en metálico y que importaba quince céntimos.

—Acerca de este asunto—repuso el señor de Brecé—supongo al duque absolutamente inocente de las acusaciones lanzadas por el señor Mazure, que debe ser una mala persona. Desgraciadamente...

El señor de Brecé lanzó un ligero suspiro, prosiguiendo, en voz más baja y algo velada:

—Desgraciadamente, el buen duque leía muchos libros malos. Se han encontrado en la biblioteca del castillo ediciones completas de Voltaire y de Rousseau, encuadernadas en piel y con sus armas. Sufrió, hasta cierto punto, la detestable influencia que las ideas filosóficas ejercían, al final del siglo XVIII, sobre todas las clases sociales, y hasta, es preciso confesarlo, sobre la aristocracia. Escribir era su manía. Redactó sus *Memorias*, cuyo manuscrito está en mi poder. La señora de Brecé y el señor de Terremondre lo han hojeado, sorprendiéndose al encontrar en sus páginas algunos rasgos del espíritu volteriano. El señor de Brecé se muestra á veces favorable á los enciclopedistas. Estaba en correspondencia con Diderot, por lo cual no he creído prudente autorizar la publicación de dichas *Memorias*, negándome á las insistentes peticiones de varios eruditos de la región y del mismo señor de Terremondre.

•El buen duque versificaba bastante bien. Cuadernos enteros están llenos de madrigales, de epigramas y de cuentos, lo cual es muy perdonable. Pero ya no es tan perdonable que en sus poesías fugitivas llegara hasta burlarse de las ceremonias del culto y de los milagros realizados por intervención de Nuestra Señora del Sotillo. Les ruego, señores, que nada digan y que todo quede entre nosotros. Me desolaría que estas

anécdotas sirvieran de pasto á la malicia pública y á la curiosidad malsana de un Mazure. Aquel duque de Brecé es mi tatarabuelo, y sostengo hasta la exageración el honor de mi familia. Me figuro que no me criticarán ustedes por esto.

—Existe, señor duque—dijo el padre Guitrel—, una enseñanza preciosa y un profundo consuelo en los hechos que acaba usted de referir. De ellos se deduce que la Francia, caída en el siglo XVIII en lo más hondo de la impiedad y de la irreligión, hasta el punto de que, hombres tan respetables como su tatarabuelo, se dedicaran á la falsa filosofía: que la Francia, digo, castigada por sus crímenes con una espantosa revolución, cuyas consecuencias se dejan sentir todavía: vuelve al buen camino y renace la piedad en todas las clases sociales, particularmente en las más elevadas. Un ejemplo como el suyo no puede pasar inadvertido, señor duque; si el siglo XVIII, considerado en su conjunto, puede parecer el siglo del crimen, el XIX, mirado desde lo alto, podría llamarse, si no me equivoco, el siglo de la retractación pública.

—¡Ojalá sea así!—suspiró el señor Lerond—. Pero no me atrevo á esperarlo. Mi profesión de abogado me pone en contacto con la masa del pueblo, y muy á menudo la encuentro indiferente y hasta hostil en materia religiosa. Mi experiencia social, permítame que se lo diga, señor cura, me predispone á sentir la tristeza profunda del

padre Lantaigne, en lugar de hacerme participar del optimismo de usted. Y, sin ir más lejos, ¿no ve usted que la tierra cristina de Brecé se ha convertido en el señorío del doctor Cotard, ateo y francmasón?

—Y ¿quién sabe—preguntó el general—si el señor de Brecé no se halla en estado de vencer en las próximas elecciones al señor Cotard? Me han asegurado que la lucha no es imposible, y que un número bastante considerable de electores están dispuestos á votar por el duque.

—Mi resolución es firme—contestó el señor de Brecé—, y nadie me la hará cambiar. No me presentaré diputado. No tengo todo lo que hace falta para representar á los electores de Brecé, y los electores de Brecé no tienen todo lo que hace falta para que yo los represente.

Esta frase se la inspiró su secretario, el señor Lacrisse, cuando su derrota electoral, y desde entonces se complacía en repetirla siempre que tenía ocasión.

En aquel momento el duque y sus huéspedes vieron que se acercaban tres señoras que, después de bajar la escalinata del castillo, avanzaban por la avenida principal del parque.

Eran las tres señoras de Brecé: la madre, la mujer y la hija del duque actual. Las tres eran altas y robustas, con la tez curtida, y el cutis pecososo; llevaban el pelo muy alisado, trajes de lana negra y el calzado muy fuerte. Iban á la capilla de Nuestra Señora del Sotillo, situada en el par-

que, á la mitad del camino entre el pueblo y el castillo, al borde de un manantial.

El general propuso acompañarlas.

—No podemos hacer nada más agradable—dijo el señor Lerond.

—Seguramente—dijo el padre Guitrel—, y tanto más cuanto que el santuario, restaurado por el señor duque y revestido con una rica ornamentación, ofrece á nuestras miradas un aspecto de lo más encantador.

El padre Guitrel tenía un interés particular por la capilla de Nuestra Señora del Sotillo. Había escrito la historia de la capilla en un folleto arqueológico y piadoso, concebido para atraer á los peregrinos. El origen de este santuario remontaba, según él, al reinado de Clotario II. «En aquella época—decía el historiador—San Austregisilo, cargado de años y de buenas acciones, es-tenuado por sus trabajos apostólicos, edificó con sus propias manos una cabaña en aquel lugar desierto, para aguardar en el silencio y la meditación la hora de su muerte bienaventurada, y un oratorio para depositar en él una imagen milagrosa de la Virgen Santísima.» Esta afirmación había sido calurosamente combatida en *El Faro* por el señor Mazure. El archivero del departamento sostenía que el culto de la Virgen era muy posterior al siglo vi, y que en la época en que presumían que vivió Austregisilo no existían las estatuas de la Virgen. A lo que el padre Guitrel respondió en *La Semana Católica* que los druidas,

antes del nacimiento de Cristo, veneraban ya las imágenes de la Virgen Madre, y que de este modo, en nuestra antigua tierra, destinada á ver florecer con un resplandor singular el culto de la Santísima Virgen María, tuvo altares é imágenes proféticos, por decirlo así, como los testimonios de las sibilas que anunciaron su venida al mundo; por consiguiente, no hay nada de sorprendente en que San Austregisilo tuviera, en tiempo de Clotario II, una imagen de la Santísima Virgen. El señor Mazure había calificado de ensueños los argumentos del padre Guitrel, y nadie había leído esta polémica más que el señor Bergeret, que era curioso en todas las cosas.

«El santuario erigido por el santo apóstol—proseguía en su folleto el padre Guitrel—fué reconstruido con gran magnificencia en el siglo XIII. Cuando las guerras de religión desolaron la comarca en el siglo XVI, los protestantes incendiaron la capilla, sin lograr destruir la estatua, que escapó milagrosamente del fuego.

«El santuario se edificó de nuevo por deseo del rey Luis XIV y de su piadosa madre, pero fué destruido por completo bajo el dominio del Terror por los comisarios de la Convención que condujeron la imagen milagrosa al patio del castillo de Brecé, donde la quemaron. Un pie de la virgen se sustrajo á las llamas gracias á una buena mujer, que lo conservó piadosamente envuelto en trapos viejos en el fondo de un caldero, donde se encontró en 1815. Este pie se encerró en la nueva es-

tatua hecha en París en 1852 gracias á la generosidad del difunto duque de Brecé.» El padre Guitrel enumeraba después los milagros realizados por Nuestra Señora del Sotillo, desde el siglo VI hasta nuestros días. Especialmente, invocaban á Nuestra Señora del Sotillo para la curación de las afecciones de las vías respiratorias y de los pulmones. Pero el padre Guitrel afirmaba que en 1871 había alejado á los soldados alemanes del pueblo y del castillo de Brecé, y que había curado milagrosamente las heridas de dos milicianos de Ardèche que se dirigían al castillo de Brecé con vertido entonces en hospital.

\*  
\*\*

Llegaron al fondo de un valle estrecho por el que corría un arroyo entre piedras musgosas. Allí, sobre una base de rocas irregulares, coronadas de encinas pequeñas, se elevaba el oratorio de Nuestra Señora del Sotillo, recientemente construido, conforme á los planos del señor Quatrebarbe, arquitecto de la diócesis, en un estilo moderno y beato que la generalidad de las personas creen que es gótico.

—Este oratorio—dijo el padre Guitrel—incendiado en 1559 por los calvinistas y despojado por los revolucionarios en 1793, no era más que un montón de escombros. Como un nuevo Néhémie, el señor duque de Brecé acaba de reconstruir el santuario. El papa, este mismo año, le ha concedido numerosas indulgencias, con el deseo tal vez

de reanimar en el país el culto de la Santísima Virgen. Monseñor Charlot vino en persona á celebrar los santos misterios. Y desde entonces, la afluencia de peregrinos es grande. Vienen de todas partes de la diócesis y hasta de otros pueblos circunvecinos. Nadie duda que este celo y este concurso no atraiga los favores del cielo sobre la comarca. Yo mismo he tenido el honor de traer á los pies de Nuestra Señora del Sotillo familias honradas del barrio de las Tintelleries, y con permiso del duque de Brecé varias veces he dicho misa en el altar privilegiado.

—Es cierto—dijo la señora de Brecé—. Como es indudable que el señor Guitrel se interesa por nuestra capilla más que el señor cura de Brecé.

—¡Ese infeliz padre Trabies!—dijo el duque— es un sacerdote excelente pero un cazador apasionado. Sólo piensa en tirar á las perdices. El otro día, volviendo de dar la extremaunción á un moribundo, ha derribado tres piezas.

—Pueden ustedes—dijo el padre Guitrel—contemplar á través de las ramas secas la capilla que en la primavera desaparece entre la espesura del ramaje.

—Una de las razones—añadió el señor de Brecé— por la que me decidí á reedificar la capilla de Nuestra Señora del Sotillo, es porque he sabido, después de varias pesquisas efectuadas en mi archivo, que el grito de guerra de mi familia era: ¡Brecé Nuestra Señora!

—Es curioso—dijo el general Cartier de Chalmot.

—¿Verdad?—preguntó la señora de Brecé.

En el mismo momento en que las señoras de Brecé seguidas por Lerond, atravesaban el arroyo, por el puente rústico apoyado en los cimientos de la capilla, una mozuela de trece á catorce años, andrajosa, con el pelo de un blanco sucio como su rostro, se escurría entre la espesura por el otro lado de la hondonada y subía los peldaños del oratorio.

—¡Es Honorina!—dijo la señora de Brecé.

—Hace tiempo que tenía deseos de verla—dijo el señor Lerond—y agradezco la ocasión que me ofrece usted de satisfacer mi curiosidad. ¡Han hablado tanto de ella!

—Efectivamente—dijo el general Cartier de Chalmot—, esa muchacha ha sido objeto de verdaderas investigaciones.

—El padre Goulet—añadió el padre Guitrel—frecuenta asiduamente el santuario de Nuestra Señora del Sotillo. Se complace en pasar horas enteras cerca de la que él llama su madre.

—Queremos mucho al padre Goulet—dijo la señora de Brecé—. ¡Qué lástima que tenga tan poca salud!

—¡Sí!—dijo el padre Guitrel—sus fuerzas decaen de día en día.

—Debería cuidarse—dijo la señora de Brecé—, tener mucho reposo.

—¿Puede tenerlo, señora?—preguntó el padre

Guitrel—. La administración de la diócesis no le deja un punto de sosiego.

Al entrar en la capilla, las tres señoras de Breccé, el general, los señores Guitrel, Lerond y Breccé, vieron á Honorina en éxtasis al pie del altar.

La niña, de rodillas, con las manos cruzadas y el cuello extendido, no se movía. Respetaron el estado misterioso en que la encontraban, y después de tomar en silencio el agua bendita, dirigieron lentamente sus miradas desde el tabernáculo gótico á las vidrieras que representaban á San Enrique con las facciones del conde de Chambord á San Juan Bautista y San Guido, cuyas fisonomías habían sido copiadas de retratos del conde Juan, muerto en 1867, y del difunto conde Guido, miembro en 1871 de la Asamblea de Burdeos.

Un velo cubría la imagen milagrosa de Nuestra Señora del Sotillo que dominaba el altar. Pero sobre el muro pintado con colores vivos, junto al Evangelio, encima de la pila del agua bendita estaba de pie, clara y resplandeciente, ceñida con su banda azul Nuestra Señora de Lourdes.

El general dirigió hacia ella sus ojos cristalizados por cincuenta años de respeto mecánico y contempló la banda azul como contemplaría la bandera de una nación amiga. Siempre fué espiritualista. Había considerado la creencia de una vida futura como la base de todo, hasta de los reglamentos militares. Con la edad y las enferme-

dades se volvía piadoso y practicaba. Desde algún tiempo, sin aparentarlo, hallábase conmovido, ó al menos contristado por los recientes escándalos. Su candor se asustaba con un tumulto semejante de palabras y pasiones. Vagos temores le agitaban. Rogó mentalmente á Nuestra Señora de Lourdes que protegiera al ejército francés.

A un tiempo, las señoras, el duque, el abogado, el sacerdote, tenían las miradas fijas en los agujereados zapatos de Honorina, que seguía inmóvil. Graves, pensativos y melancólicos se pasaban de admiración ante aquellos rígidos miembros de gato montés. Y el señor Lerond, que se la daba de observador, hacía sus comentarios.

Al fin, Honorina salió de su éxtasis. Levantándose, saludó al altar, se volvió y deteniéndose como sorprendida de ver tanta gente, separó con las dos manos los cabellos que la cubrían los ojos.

—Y qué, hija mía, ¿has visto á la Virgen Santísima?—preguntó la señora de Breccé.

Honorina respondió con la cantilena del catecismo, con esa voz chillona de las contestaciones aprendidas:

—Sí, señora. La Virgen ha estado conmigo un momento; luego se arrolló, como si fuera un lienzo, y ya nada he visto.

—¿Te ha hablado?

—Sí, señora.

—¿Qué te ha dicho?

—«Hay mucha miseria en la casa.»

—¿No te ha dicho nada más?

—Pues me ha dicho: «Habr  mucha miseria en el campo, por lo que se refiere á las cosechas y   los animales.»

—¿No te ha dicho que seas buena?

—«Hay que rezar mucho»—me ha dicho—. Luego dijo esto: «Yo te saludo. Hay mucha miseria en casa.»

Y las palabras de la niña resonaban en un silencio augusto.

—¿Estaba muy hermosa la Virgen?—preguntó la señora de Brec .

—S , señora. Sólo que la faltaba un ojo y una mejilla porque yo no hab  rezado bastante.

—¿Y ten  una corona en la cabeza?—interrogó el señor Lerond, que, habiendo pertenecido   la magistratura, era curioso y preguntón.

Honorina vacilaba; luego, con su tono solapado, contestó:

—Llevaba la corona inclinada sobre la cabeza.

—¿A la derecha     la izquierda?—insistió el señor Lerond.

—A la izquierda y   la derecha—contestó Honorina.

La señora de Brec  intervino.

—Quieres decir, ¿verdad, hija mía?, que unas veces   la derecha y otras   la izquierda, ¿no es eso?

Pero Honorina nada contestó. A veces se encerraba en uno de esos silencios salvajes, bajando los ojos, frotándose la barbilla sobre el hombro y contoneando sus caderas. Desapareció es-

curri ndose, y entonces el señor de Brec  di  sus explicaciones.

Honorina Porrichet, hija de unos labriegos establecidos desde hacía muchos años en Brec , y que habían caído en una completa miseria, tuvo una niñez enfermiza.

Siendo su inteligencia lenta y tardía, al principio la creyeron idiota. El señor cura la reprochaba su carácter salvaje y su costumbre de ocultarse en el bosque. No era indulgente con ella. Pero eclesiásticos eminentes, que la vieron y la interrogaron, nada reprochable descubrieron en aquella criatura. Frecuentaba las iglesias, y permanecía en un estado de ensueño que no era propio de su edad. Su piedad exalt se todavía más cuando se aproxim  la época de hacer su primera comunión. En aquel mismo tiempo la atacó una tisis laringea, y los médicos la desahuciaron. Entre otros, el doctor Cotard declaró que no ten  salvación. Cuando monseñor Charlot inauguró el oratorio de Nuestra Señora del Sotillo, Honorina lo frecuentaba asiduamente. Tuvo  xtasis y visiones. Vi    la Virgen, que la dijo: «Yo soy Nuestra Señora del Sotillo», y otro día María se acercó á ella y, tocándola con el dedo en la garganta, la anunció que estaba curada.

—Honorina—prosiguió el señor de Brec —ha referido este hecho tan extraordinario. Lo ha repetido varias veces con gran sencillez. Algunos pretenden que ha modificado sus declaraciones.

Pero lo positivo es que tales incertidumbres sólo se refieren á hechos secundarios. Es muy cierto que la muchacha dejó de sufrir repentinamente del mal que la consumía. Los médicos que la examinaron y la auscultaron después de la aparición milagrosa, nada vieron de anormal en los bronquios ni en los pulmones. El mismo doctor Cotard confesó que no sabía cómo explicarse aquella curación.

—¿Qué piensa usted de todos estos acontecimientos?—preguntó el señor Lerond al padre Guitrel.

—Que son dignos de atención—contestó el sacerdote—, y que inspiran, á todo observador de buena fe, reflexiones de cierto género. Nunca les dedicaríamos demasiada atención. Pero nada más puedo decir. Seguramente que no rechazaré con desprecio temerario, como lo hace el padre Lantaigne, hechos tan interesantes y consoladores. Tampoco me atrevo á calificarlos de milagrosos, como lo hace el padre Goulet. Yo me abstengo por ahora.

—Hay que considerar—dijo el señor de Brecé—, en el caso de Honorina Porrichet, por una parte, la curación, verdaderamente extraordinaria, y hasta puede decirse en oposición con la ciencia médica, y, por otra parte, las visiones con que se ve favorecida. Y no ignora usted, señor cura, que habiéndose fotografiado los ojos de la muchacha durante una visión, el *cliché* obtenido por el fotógrafo, cuya buena fe no puede ponerse en duda,

reproducía la imagen de la Santísima Virgen impresa en las pupilas de Honorina. Personas serias aseguran haber visto las fotografías y haber distinguido en ellas, con un lente de aumento, la imagen de Nuestra Señora del Sotillo.

—Son hechos dignos de atención—contestó el padre Guitrel—, dignos de atención muy constante. Pero es necesario saber examinar los juicios y no deducir de ellos conclusiones prematuras. No imitemos á los incrédulos que se precipitan en hacer deducciones á conveniencia de sus apasionamientos. En materia de milagros, la Iglesia tiene gran desconfianza. Exige pruebas y pruebas irrefutables.

El señor Lerond preguntó si sería posible adquirir las fotografías que representan la imagen de la Virgen reflejada en las pupilas de Honorina Porrichet y el señor de Brecé prometió escribir con ese objeto al fotógrafo que tenía su taller en la plaza de San Exuperio.

—Sea lo que quiera—dijo la señora de Brecé—, Honorina es una muchacha muy honrada y muy buena. Y esto seguramente obedece á una protección especial del cielo, pues es una niña abandonada por sus padres á quienes la miseria y las enfermedades abruman. Me he asegurado de que tiene buena conducta.

—Lo que no puede decirse de todas las muchachas del pueblo—añadió la duquesa de Brecé.

—Eso es muy cierto—dijo el señor de Brecé—. La desmoralización va en aumento en las clases

agrícolas. General: ya le citaré á usted algunos ejemplos espantosos. Pero Honorina es la inocencia personificada.

\* \* \*

Mientras que esto se discutía en la puerta de la capilla, Honorina se había reunido con Isidoro en la espesura de la Guerche. Isidoro la esperaba tendido sobre un montón de hojas secas. La esperaba con impaciencia pensando que le llevaría algo para comer ó algunos céntimos, y también porque la deseaba, siendo ella su amiga complaciente. Había sido él quien, viendo á aquellos caballeros y señoras subir á la capilla, advirtió á Honorina para que fuera á ponerse en éxtasis.

Al verla volver la preguntó:

—¿Qué te han dado? Enséñame.

Y como nada llevaba, la pegó, pero sin hacerla mucho daño. Ella le arañó y le mordió. Luego le dijo:

—¿A qué conduce todo esto?

—¡Júrame que nada te han dado!—exigió él.

Honorina juró. Después de haberle chupado la sangre que salía de sus pobres brazos, se reconciliaron. Y, á falta de otra cosa, se entretuvieron acariciándose. Isidoro era hijo de una viuda, mala mujer, dedicada á la bebida, y no tenía padre conocido. Vagaba constantemente por el bosque. Nadie se ocupaba de él. Menor que Honorina, la cual le llevaba dos años, practicaba con

maestría los deleites de amor. Esto era quizá lo único que no le faltaba nunca bajo los árboles de la Guerche, de Lénonville y de Brecé. Lo que hacía con Honorina era por entretener sus ocios y á falta de otra ocupación. Honorina se iba interesando más y más. Pero tampoco daba mucha importancia á unos actos tan comunes y tan fáciles. Bastaba la presencia de un conejo, un pájaro, un insecto para distraerlos.

\* \* \*

El señor de Brecé entró en el castillo con sus invitados. Las frías paredes del vestibulo estaban cubiertas con trofeos de caza, cuernos de ciervo, cabezas de cervatillos, ciervos adultos que conservaban, á pesar de las preparaciones del naturalista y las roeduras de los gusanos, la tristeza de sus alaridos, y cuyos ojos de esmalte parecían aún esparcir ese sudor agónico semejante á las lágrimas. Cuernos de gamo, huesos blancos, cabezas cortadas. Homenajes con los que las víctimas celebraban á sus asesinos ilustres, caballeros de Francia, Borbones de Nápoles y de España. Bajo la monumental escalera, había un coche anfíbio, cuya caja en forma de barca, se desmontaba y servía en las cacerías para atravesar los ríos. Lo conservaban con veneración porque había conducido reyes desterrados.

El padre Guitrel colocó cuidadosamente su paraguas de algodón sobre la cabeza de un formidable jabalí, y pasó el primero—entre dos caría-

tides atormentadas de Ducerceau—por una puerta de la izquierda que daba acceso al salón donde las tres señoras de Brecé, que habían sido las primeras en llegar al castillo, estaban con la señora de Courtrai, su vecina y amiga.

Vestidas de negro, por una serie interminable de lutos de familia y de lutos regios, muy sencillas, agrestes y monásticas, aquellas señoras hablaban entre sí de casamientos, muertes, enfermedades y medicamentos, bajo las pinturas de los techos y bóvedas, donde aparecían acá y allá, sobre la negrura opaca de los lienzos, la barba gris de un Enrique IV abrazado por una minerva tetuda; la pálida faz de Luis XIII oprimida por los muslos flamencos de la Victoria y de la Clemencia con sus túnicas flotantes; la desnudez rojiza como ladrillo, de algún anciano; el Tiempo, esparciendo flores de lis; y por todas partes los escorzos de los genios que sostenían el escudo de los Brecé, con sus tres antorchas de oro.

La duquesa viuda de Brecé hacía toquillas de lana negra para las huérfanas. Sin cesar ocupaba sus manos y satisfacía las ansias de su corazón desde la época ya lejana en que había bordado una colcha para la cama donde el rey debía acostarse en Chambord.

Sobre las consolas, sobre las mesas, se veía una multitud de fotografías, puestas en marcos de caballete, de colores y formas variadas, de peluche, de cristal, de níquel, de porcelana, de madera tallada y de cuero estampado. Había también algu-

nos dorados imitando una herradura, una paleta con sus colores y pinceles, una hoja de castaño, una mariposa. Y en estos marcos había mujeres, hombres, niños, parientes ó aliados, príncipes de la casa de Borbón, prelados, el conde de Chambord y el papa Pío IX. A la derecha de la chimenea, sobre una consola antigua, sostenida por dos turcos dorados, monseñor de Charlot sonreía con toda su caraza, como un padre espiritual, á los militares apiñados en torno suyo—oficiales, sargentos, soldados—que llevaban sobre el pecho, en la cabeza y en el cuello, todo lo que el ejército demócrata ha dejado como adornos marciales á su caballería. Sonreía á los adolescentes en traje de ciclistas y de polo; sonreía también á las muchachas. Había mujeres hasta sobre las mesas volantes; señoras de todas edades; algunas de facciones tan acentuadas, que parecían hombres; dos ó tres encantadoras.

—Señora de Courtrai—exclamó el señor de Brecé, entrando detrás del general—. ¿Cómo va, mi estimable señora?

Y prosiguiendo en un rincón de la sala la conversación comenzada en el parque, el señor Lerond dedujo:

—En fin: el ejército es lo único que nos queda. De cuanto en otro tiempo constituía la fuerza y la grandeza de Francia, sólo subsiste el ejército. La República parlamentaria ha destrozado el Gobierno, ha comprometido á la magistratura, ha corrompido las costumbres públicas. Sólo el ejército per-

manece en pie entre estas ruinas. Por lo cual, digo que es un sacrilegio atacarle.

Se detuvo. No teniendo costumbre de abarcar un asunto, limitábase de ordinario á generalidades. Nadie ponía en duda la nobleza de sus sentimientos.

La señora de Courtrai, hasta entonces absorta en sus reflexiones respecto á las tisanas, irguió la cabeza y levantó sobre el señor de Brecé su fisonomía de viejo guardabosque.

—Supongo que habrá dejado usted la suscripción de ese periódico que hace causa común con los enemigos del ejército y de la patria. Mi marido ha enviado á la administración el número que contenía el artículo... ya sabe usted... el artículo infame...

—Mi sobrino—replicó el señor de Brecé—me escribe que en el Círculo han formulado una protesta los que renuncian á la suscripción, y el pliego se cubre de firmas. Casi todos los socios del Círculo se adhieren, reservándose el derecho de comprar el periódico por números sueltos.

—El ejército—dijo el señor Lerond—está muy por encima de todos los ataques.

El general Cartier de Chalmot rompió el silencio en el cual se había encerrado hasta entonces:

—Me gusta oírsele decir. Y si, como yo, viviese usted con el soldado, le sorprendería muy agradablemente comprobar las cualidades de paciencia, disciplina, valor y buen humor, que hacen del soldado francés un instrumento táctico de

primer orden. No me canso de decirlo. Tales unidades están á la altura de todas las empresas. Aseguro, con la autoridad de un jefe que ha llegado al final de su carrera, que, si se estudia el espíritu que le anima, el ejército francés merece toda clase de elogios. Del mismo modo me complazco en rendir homenaje á los esfuerzos perseverantes de que la organización de este ejército ha sido objeto por parte de varios generales de gran capacidad, y declaro que esos esfuerzos han sido coronados por un éxito asombroso.

Añadió con voz más baja y más grave:

—Sólo me resta emitir esta máxima: es preciso considerar, tratándose de los hombres, la cualidad con preferencia al número, procurando formar cuerpos escogidos. Al expresar estas ideas estoy seguro de que no me ha de desmentir ningún famoso caudillo. Mi testamento militar está compendiado en esta fórmula: «El número no es nada. La calidad lo es todo.» Añadiré que la unidad de dirección es indispensable para un ejército, y que este conjunto debe obedecer á una voluntad única, soberana, inmutable.

Calló. La mirada de sus pálidos ojos estaba impregnada en lágrimas. Sentimientos confusos, inexplicados, invadían el alma de aquel honrado y sencillo anciano, el más hermoso capitán, en otro tiempo, de la Guardia imperial, enfermo al presente, agotado, perdido como en un bosque en medio de aquel nuevo mundo militar que no comprendía.

La señora de Courtrai, que no saboreaba las teorías, dirigió al general su mirada de vieja hueraña:

—General, puesto que, á Dios gracias, el ejército está respetado por todos; puesto que es la sola fuerza en torno de la cual permanecemos todos agrupados, ¿por qué no había de constituir el gobierno? ¿Por qué no enviar un coronel con su regimiento al palacio Borbón y al Elíseo?...

Se contuvo al observar que se nublaba la frente del general.

\* \*

El señor de Brecé hizo una seña con un dedo al señor Lerond.

—¿No ha visto usted la biblioteca, señor Lerond? Se la voy á enseñar. Como le gustan á usted los libros antiguos, estoy seguro que le interesará.

A través de una galería extensa y desmantelada, cuyo techo estaba cubierto por una tosca pintura que representaba á Apolo y á Luis XIII aplastando á los enemigos del reino figurados por furias é hidras, el señor de Brecé condujo al abogado de las Congregaciones á la sala donde el duque Guido, mariscal de Francia, gobernador de la provincia, había establecido la biblioteca en 1605, en las postrimerías de su fortuna y de su edad.

Era una sala cuadrada que, ocupando toda la planta baja del pabellón Oeste, recibía luz al Norte, al Poniente y al Mediodía, por tres ventanas sin cortinas, que ofrecían á la vista tres cuadros

de luz deslumbrantes, encantadores y magníficos; al Mediodía, sobre el césped, un jarrón de mármol en el cual dos palomas se habían posado; los árboles del parque, secos por el invierno; y en el fondo de una avenida purpúrea, las blancas estatuas de la fuente de Galatea; al Poniente, la llanura, descubriendo el cielo y el sol como un huevo mitológico de luz y de oro roto y desparramado por las nubes; al Norte, en una claridad precisa y fría, las huertas sembradas, la tierra violeta, las pizarras y el humo lejano de los tejados de Brecé, el campanario de la iglesia delgado como una aguja.

Una mesa Luis XIV, dos sillas, una esfera terrestre del siglo xvii, con una rosa de los vientos sobre la extensión inexplorada del Pacífico, amueblaban aquella severa habitación. Dos armarios con celosía guarnecían las paredes hasta el techo. Sus estantes de madera pintada de gris extendíanse hasta la chimenea, de un rojo antiguo, y á través de las mallas de alambre de cobre dorado se veía el lomo de los libros antiguos.

—La biblioteca—dijo el señor de Brecé—fue comenzada por el mariscal. El duque Juan, su nieto, la enriqueció mucho durante el reinado de Luis XIV, acondicionándola tal como usted la ve. Desde entonces pocas reformas se han hecho.

—¿La tiene usted catalogada?—preguntó el señor Lerond.

El señor de Brecé respondió que no. El señor de Terremonde, gran entusiasta de los libros an-

tiguos, hábale animado entusiásticamente para que lo hiciera. Pero no había tenido tiempo de ocuparse de ello.

Abrió uno de los armarios, y el señor Lerond sacó sucesivamente varios volúmenes en octavo, en cuarto, en folio, encuadernados en piel jaspeada, estriada ó marmórea, en pergamino, en tafílete encarnado ó azul; todos llevaban grabado el escudo con tres antorchas rematadas por la corona ducal.

El señor Lerond no era un gran bibliófilo; pero, sin embargo, se maravilló al coger un manuscrito, admirablemente caligráfico, del *Diezmo regio*, ofrecido por Vaubert al mariscal.

Este manuscrito estaba adornado con un frontispicio y varias viñetas y marmosetes.

—¿Son dibujos originales?—preguntó el señor Lerond.

—Probablemente—respondió el señor de Brecé.

—Están firmados—dijo el señor Lerond—; creo leer el nombre de Sebastián Leclerc.

—Es muy posible—contestó el señor de Brecé.

El señor Lerond se fijó especialmente en los ricos escudos de los libros de Tillemont acerca de historia romana y de historia eclesiástica, en el *Código* de la provincia y en los *Tratados* innumerables de los antiguos legisladores; observó las obras de teología, de controversia, de agiografía, las grandes historias genealógicas, las viejas ediciones de los clásicos griegos y latinos y los libros, mayores que atlas, compuestos para

el casamiento del rey, para la entrada en París del rey, para las fiestas de convalecencia del rey y para las victorias del rey.

—Esto es lo más antiguo de la biblioteca—dijo el señor de Brecé—, la parte adquirida por el mariscal. He aquí—añadió, abriendo dos ó tres armarios—, las adquisiciones del duque Juan.

—¿El ministro de Luis XVI, el que fué llamado «Clemente duque»?—preguntó el señor Lerond.

—Precisamente—respondió el señor de Brecé.

La parte adquirida por el duque Juan ocupaba todo el lienzo de pared de la chimenea y el de la ventana por donde se veía el campo. El señor Lerond leyó en voz alta los títulos escritos en oro, entre dos nervios, sobre los lomos de los volúmenes. *Enciclopedia metódica, Obras de Montesquieu, Obras de Voltaire, Obras de Rousseau, del padre Mably, de Condillac, Historia de los establecimientos europeos en las Indias*, por Raynal. Luego ojeó los poetas y los cuentistas en ediciones ilustradas: Grecourt, Dorat, Saint Lambert, el Boccaccio con dibujos de Marillier, y una edición lujosa de La Fontaine.

—Los grabados son un poco libres—dijo el señor de Brecé—. Tuve que hacer desaparecer otras obras de la misma época cuyas estampas eran realmente licenciosas.

Pero, sin embargo, el señor Lerond descubría, junto á aquellos libros ligeros, una serie de obras políticas y filosóficas: tratados sobre la esclavitud, relaciones de la guerra de los insurrectos ameri-

canos. Abrió las *Reflexiones de un solitario*, vió que las márgenes estaban llenas de anotaciones de la mano del duque Juan, y leyó en voz alta una de ellas:

*El autor dice bien; los hombres son, por naturaleza, buenos. Las leyes de la sociedad son los que los hacen malos.*

—¡He aquí lo que su tatarabuelo escribía en 1790!

—¡Es curioso! —dijo el señor de Brecé, colocando el libro en su sitio.

Luego, abriendo el armario del Norte:

—En este lado están los libros de mi abuelo, que fué paje de Carlos X.

El señor Lerond reconoció allí, cubiertos de badana oscura, de becerro y chagrín negro, las *Obras de Chateaubriand*, las colecciones de *Memorias sobre la Revolución*, las *Historias* de Anquetil, de Guizot, de Agustín Thierry, el *Curso de literatura* de La Harpe, *La Galia poética* de Marchangy, los *Discursos* del señor Lainé.

Además de aquella literatura de la Restauración y del gobierno de Julio, aparecían sobre un estante dos ó tres folletos rotos, referentes á Pío IX y al poder temporal; dos ó tres volúmenes, destrozados, de novelas; un panegírico de Juana de Arco, pronunciado en la iglesia de San Exuperio el 8 de Junio de 1890 por monseñor Charlot, y algunos libros de devoción para señoras de buena sociedad. Era la contribución del difunto duque, miembro de la Asamblea nacional en 1871,

y del actual duque de Brecé, á la biblioteca creada por el mariscal en 1605.

\*\*

—Permítame usted que cierre los armarios con llave—dijo el señor de Brecé—. Es preciso tener precauciones; mis hijos son ya unos mozos, puede ocurrírseles la idea de registrar la biblioteca, y encontrarían aquí dentro libros que no deben caer en las manos de un joven ni bajo los ojos de una mujer que se respete... sea cual fuere su edad.

El señor de Brecé cerró los armarios con el celo de quien obra bien y la satisfacción de encerrar la lujuria, la duda, la impiedad y los malos pensamientos. Disfrutaba el fiero goce de cerrar bajo llave el mal universal; y aunque este sentimiento se mezclara con alguna vanidad de hombre sencillo y alguna secreta envidia de ignorante, era, sin embargo, bastante puro y hermoso. Después que hubo guardado el manojito de llaves en su bolsillo, el señor de Brecé mostró al señor Lerond una fisonomía satisfecha.

—Encima—dijo—está el cuarto del rey. Los antiguos inventarios comprenden bajo esta denominación todo el piso superior. En su aposento propiamente dicho se conserva la cama donde Luis XIII durmió. Está todavía cubierta con bordados antiguos de seda. Ese cuarto merece verse.

El señor Lerond no podía tenerse en pie. Sus piernas, dobladas durante todo el año bajo una mesa de escribir, habían soportado mal la marcha

sobre el duro suelo del parque, el recorrido de las cuadras y la peregrinación á Nuestra Señora del Sotillo; estaban flojas, débiles y rematadas por unos pies calientes y doloridos, pues el abogado de las congregaciones, para presentarse dignamente, se había puesto botas de charol.

Dirigió al techo una mirada de aficción balbuceando:

—Es tarde. ¿No sería preferible que nos reuniéramos con las señoras en el salón?

El señor de Brecé no era terrible más que cuando visitaba sus cuadras; en lucir todo el resto de la casa nunca ponía gran empeño.

—Va faltando luz, efectivamente—dijo—. Otra vez será. A la derecha, señor Lerond, á la derecha si hace usted el favor:

En el quicio de la puerta el antiguo abogado fiscal exclamó:

—¡Qué muros, señor duque, qué muros!... ¡Tienen un grueso!...

Su enjuta fisonomía, que permaneció tranquila é indiferente ante los trofeos de caza del vestíbulo, ante las pinturas históricas del salón, ante las tapicerías suntuosas y el techo magnífico de la galería, ante aquellos hermosos libros encuadernados en cuero: se iluminaba, se animaba, resplandecía de admiración. El señor Lerond había descubierto al fin un motivo de sorpresa, de asombro, de meditación y de placer moral: un muro. Su alma de juez, destrozada en flor al mismo tiempo que su fortuna, cuando la ejecución de

los decretos y su corazón, privado muy pronto de la alegría de castigar: se llenaban de júbilo con la vista de un muro, del objeto sordo, mudo y sombrío que recordaba á su arrebatado pensamiento las ideas de cárcel, de calabozo, de tormentos, de vindicta social, de código, de ley, de justicia, de moral... ¡Un muro!...

—En efecto—dijo el señor de Brecé—, el muro, por este lado, entre la galería y el pabellón, tiene un espesor extraordinario. Era la muralla exterior del primitivo castillo, construído en 1405.

El señor Lerond contemplaba el muro, lo medía con los ojos, lo palpaba con sus pequeñas manos, amarillas y ganchudas; lo estudiaba, lo veneraba, lo amaba, lo poseía.

Al entrar en el salón:

—Señoras mías—dijo á las señoras de Brecé—, el duque ha querido hacerme los honores de su curiosa biblioteca. Al volver me ha llamado la atención el muro extraordinario que separa el pabellón de la galería. No creo que exista ninguno tan magnífico, ni en Chambord.

Pero ni las señoras de Brecé ni la señora de Courtrai le oyeron. Estaban preocupadas y agitadas con una idea única.

—Juan—gritó la señora de Brecé á su marido—. Juan: mira esto.

Y le enseñó un estuche, que acababa de recibir; un estuche de piel roja, colocado sobre el velador, junto á la lámpara. Era un estuche de forma esférica rematado por un apéndice parecido á un de-

dal de coser, y se prolongaba en su parte anterior, á manera de trébol. Junto á él había una tarjeta. Al pie de la mesa se amontonaban, como si fueran perritos blancos con cintitas azules, papeles de seda arrugados.

—¡Pero, mira, Juan!

El padre Guitrel, que estaba en pie apoyado sobre el velador, abrió con mano respetuosa el estuche y descubrió un copón de oro.

—¿Quién envía esto?—preguntó el señor de Brecé.

—Mira la tarjeta. Me siento inconcebiblemente confusa. No sé qué hacer.

El señor de Brecé cogió la tarjeta y, poniéndose los lentes, leyó:

*«La Baronesa de Bonmont.*

*Para Nuestra Señora del Sotillo.»*

Dejando la tarjeta sobre la mesa, y guardándose los lentes en el bolsillo, el conde murmuró:

—¡Es una contrariedad!

—Un copón, un hermoso copón—dijo el padre Guitrel.

—Cuando yo era monaguillo—dijo el general—, oí á los Reverendos Padres llamar á esta especie de copa una custodia.

—Un copón ó una custodia, en efecto—dijo el padre Guitrel—. Tales son los nombres con que se designan los vasos que encierran la Eucaristía.

El señor de Brecé permanecía pensativo, con

la frente dividida por un ceño prolongado y profundo.

Suspiró y dijo:

—¿Por qué la señora de Bonmont, que es judía, regala un copón á la capilla de Nuestra Señora del Sotillo? ¿Qué afán tienen los israelitas de meterse en nuestras iglesias?

El padre Guitrel, con los dedos metidos en las mangas, se pasó la lengua por los labios y dijo con dulzura:

—Permítame usted, señor duque, una observación: la baronesa de Bonmont es católica.

—¡Vamos!—exclamó el señor de Brecé—. Es una judía austriaca, una señorita de Wallstein. Su marido, el barón de Bonmont, en realidad, se llamaba Gutenberg.

—Permítame, señor duque—dijo el padre Guitrel—. Yo no niego que la baronesa de Bonmont sea de origen israelita. Sólo me permito observar que, convertida y bautizada, es cristiana; añadiré que es buena cristiana. Multiplica sus dones á las obras católicas y da ejemplo de...

El señor de Brecé le interrumpió:

—Señor cura, conozco sus ideas. Las respeto tanto como respeto su hábito. Pero para mí, un judío, aunque se convierta, es siempre un judío. No hago diferencia ninguna.

—Yo tampoco—dijo la señora de Brecé.

—Tales afirmaciones, señora duquesa, son legítimas en cierto modo—replicó el padre Guitrel—. Pero no puede usted ignorar lo que la

Iglesia enseña, es decir, que la maldición divina pronunciada contra los judíos persigue su crimen, pero no su raza, y que los efectos de esta reprobación no pueden alcanzar á...

—Mucho pesa—dijo el señor de Brecé, que, habiendo sacado el copón del estuche, lo alzaba entre sus manos.

—Realmente, me contraría—dijo la señora de Brecé.

—Pesa muchísimo—repitió el señor de Brecé.

—Y es más—añadió el padre Guitrel—, está muy bien trabajado. Tiene cierto carácter de distinción, que es, por decirlo así, el sello especial de Rondonneau, hermano. Sólo el platero del arzobispado sabe escoger tan preciosamente sus modelos en las tradiciones del arte cristiano y reproducir la forma y los ornamentos con tanto acierto como fidelidad. Este copón es un trabajo excepcional, estilo del siglo XIII.

—El cubilete y la tapa son de oro macizo—dijo el señor de Brecé.

—Según las reglas de la liturgia—dijo el padre Guitrel, la copa del copón debe ser de oro, ó al menos de plata sobredorada en el interior.

El señor de Brecé, que tenía el copón vuelto, dijo:

—El pie está hueco.

Y el padre Guitrel fijó su mirada en la obra de Rondonneau hermano.

—No lo duden ustedes: es estilo del siglo XIII. Y no han podido escoger otro mejor. El siglo XIII es

el siglo de oro de la pedrería religiosa. En aquella época el copón tenía la forma de una granada, que en esta pieza reconocen ustedes. El pie, sólido y no delgado, se enriquece con piedras preciosas.

—¡Misericordia! ¡Piedras preciosas!—exclamó la duquesa de Brecé.

—Angeles y profetas están delicadamente cincelados en facetas formando escudo y resultan del mejor efecto.

—Era un bribonazo el tal Bonmont—dijo de pronto la señora de Courtrai. Era un ladronzuelo, y su viuda lo restituye.

—Ahora empieza—dijo el señor de Brecé, señalando con un dedo el resplandeciente copón.

—¿Qué hacer?—preguntó la duquesa.

—No podemos devolverla el regalo—dijo el señor de Brecé.

—¿Por qué?—interrogó la señora de Brecé a su madre.

—Porque no es posible, mamá.

—¿Entonces hay que conservarlo?

—Claro... Sí.

—¿Y darle las gracias?

—¡A ver!

—¿Es su opinión esa, general?

—Fuera preferible—dijo el general—que esa señora, no teniendo amistad con ustedes, se hubiese abstenido de hacerles un regalo. Pero no hay motivo para contestar á su amabilidad con una grosería; eso es evidente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO.

El padre Guitrel cogió entre sus venerables manos el copón y, alzándolo, dijo:

—Estoy seguro de que Nuestra Señora del Sotillo mirará complaciente esta joya, ofrecida por un alma piadosa, para el tabernáculo de su altar

—¡Pero, caramba!—dijo el señor de Brecé—. En este caso yo represento á Nuestra Señora del Sotillo. Si la señora de Bonmont y su hijo quieren venir á verme, y de fijo lo querrán, estoy obligado á recibirlos.

### III

Huyendo de la repentina lluvia que las había sorprendido junto á los fosos del castillo, la señora de Bonmont y la señora de Hortha corrieron hasta el pórtico, para refugiarse bajo la bóveda achatada, en cuya clave se muestra el pavo heráldico de la familia extinguida de Paves. El señor de Terremondre y el barón de Wallstein no tardaron en alcanzarlas, y los cuatro hacían lo posible para calmar su agitación.

—¿Y el señor cura?—preguntó la señora de Bonmont.— Arturo, ¿has dejado al padre en el soto?

El barón de Wallstein contestó á su hermana que el sacerdote los seguía.

Y al poco rato vieron al padre Guitrel, empapado y tranquilo, subir los escalones de piedra. Sólo él había conservado en aquella desbandada

una perfecta dignidad, conservado la calma conveniente á su estado y á su corpulencia, mostrando anticipadamente una gravedad episcopal.

La señora de Bonmont, con los colores de sus mejillas avivados por la caminata, su hermoso pecho anhelante bajó la fina blusa, recogiendo la falda que ceñía sus caderas, con el pelo revuelto, los ojos encendidos, los labios húmedos, en su madurez de Erigona vienesa, daba la idea deliciosa de un racimo de uvas maduro y dorado.

Con voz un poco gruesa y menos suave que su boca, preguntó:

—¿Está usted muy mojado, señor cura?

El padre Guitrel retiró su sombrero, cuyo pelo empolvado jaspeaba de negro la lluvia, paseó la mirada de sus ojos grises sobre el grupo, aún anhelante, que había huído al sentir caer cuatro gotas, y dijo, no sin una suave malicia:

—Estoy mojado, pero no me ahogo.

Y luego añadió:

—Una mojadura inofensiva. El agua no me ha calado la ropa.

—Subamos—dijo la señora de Bonmont.

Estaba en su casa, en aquel castillo de Montil que Bernardo de Paves, general de artillería, había mandado construir en 1508 para Nicolette de Vaucelles, su cuarta mujer.

«La casa de Paves floreció durante novecientos años—dice Perrin del Verdier en el primer libro de su *Tesoro de genealogías*—, y en dicha casa